

Querido Diego, te abraza Quiela

“Sin ti, soy bien poca cosa, mi valor lo determina el amor que me tengas y existo para los demás en la medida en que tú me quieras”.

La figura del pintor mexicano Diego Rivera ocupó por mucho tiempo la palestra del ambiente cultural latinoamericano, erigiéndose como un monstruo que opacaba todo lo que surgía a su alrededor. De conductas políticas oportunistas, este personaje gigantón supo convertirse en un mito viviente, arrollador y deslumbrante como algunas de sus mejores pinturas. Pero contrariamente a lo que ocurre con otros artistas, la muerte lo ha ido dejando en un segundo plano para dar luz a aquellas mujeres que en vida habrían de padecerlo. Porque a pesar de su aspecto tosco, su cara mofletuda y sus cabellos enmarañados, el pintor supo serle fiel a su fama de mujeriego. La lista de sus conquistas es amplia, destacando sobre todo el largo y tormentoso romance con la pintora Frida Kahlo, cuyo mito sí ha crecido con la muerte: con la suya y la de Rivera.

Elena Poniatowska nos devela ahora en

Chile (porque el libro había sido inicialmente publicado en México, en 1978), la presencia de Angelina Beloff, pintora rusa que vivió en París con Diego Rivera, con quien tuvo un hijo que murió de meningitis. Corría la segunda década del siglo XX y el pintor buscaba desesperado abrirse paso en el bullente ambiente artístico del París de la bohemia. Pocos años después el pintor volvería a México para consolidar su carrera, abandonando a Angelina Beloff a su suerte, sin nunca dignarse a darle una explicación.

El texto de Poniatowska recrea las cartas que Anquelina, Quela, según se le conocía familiarmente, le escribe de manera sistemática a Diego durante casi un año, sin nunca obtener una respuesta. Son mensa-



jes llenos de dramatismo y hasta de un incontenido patetismo, que configuran la imagen de una amante ahogada en la inseguridad: “Yo acepto que no lo hagan por mí misma”, le dice cuando se da cuenta de que sus amigos parisinos sólo la visitan para preguntarle por Rivera, “después de todo, sin ti, soy bien poca cosa, mi valor lo determina el amor que me tengas y existo para los demás en la medida en que tú me quieras. Si dejas de hacerlo, ni yo ni

los demás podremos querernos” (Luis López-Aliaga).

**Dolmen ediciones,
68 páginas. Santiago,
noviembre de 2000.**